





Vuelo nocturno

NOVELA | **B**erenice



Antoine de Saint-Exupéry

Vuelo nocturno

Prólogo

ANDRÉ GIDE

Traducción

FRANCISCO PINA



Berenice

Título original: *Vol de nuit*

© Derechos reservados de la traducción: Francisco Pina, 1932
(Revisada y actualizada por Editorial Berenice)
© De esta edición: Berenice, 2015
www.editorialberenice.com

Primera edición: marzo, 2015

Director editorial:
David González Romero

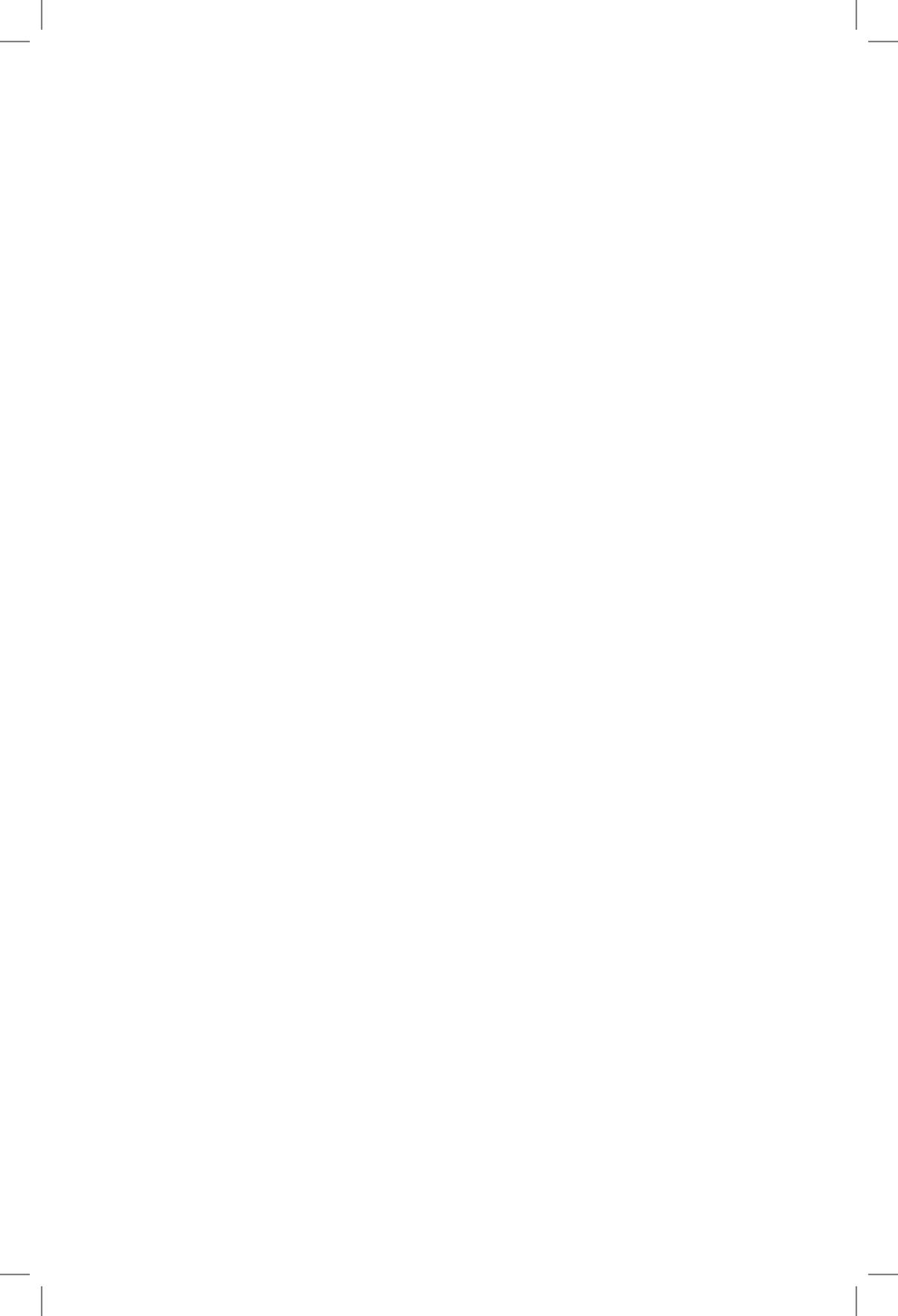
Diseño y preimpresión: Berenice
Maquetación y corrección: Deculturas, S. Coop. And.
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-15441-82-3
Depósito legal: Co-443-2015
Ibic: FA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Vuelo nocturno



*A Monsieur Didier Daurat**

* Pionero de los vuelos nocturnos bajo cuyas órdenes pilotó Saint-Exupéry. Por lo que se conoce de él, inspiró en gran medida el personaje de Rivière en esta novela. (*Nota del Editor.*)



I

Las colinas, bajo el avión, cavaban ya su surco de sombra en el oro de la tarde. Las llanuras se volvían luminosas con una luz inextinguible: en este país no acaban nunca de devolver su oro, de la misma manera que después del invierno no acaban nunca de devolver su nieve.

Y el piloto Fabien, que conducía desde el extremo Sur hacia Buenos Aires el correo de Patagonia, reconocía la proximidad de la noche por los mismos signos que en las aguas de un puerto: por esa calma, por esas arrugas ligeras que dibujaban apenas tranquilas nubes. Entraba en una rada inmensa y bienaventurada.

Hubiera podido creer que, en medio de aquella quietud, se daba un paseo lentamente, casi como un pastor. Los pastores de Patagonia van, sin apresurarse, de un rebaño al otro: él iba también de una ciudad a otra; era el pastor de las pequeñas ciudades. Cada dos horas encontraba alguna que venía a beber al borde de los ríos o que pastaba en su llanura.

Algunas veces, después de cien kilómetros de estepas, más deshabitadas que la mar misma, cruzaba sobre una granja perdida, que parecía arrastrar detrás de sí, en una oleada de praderas, su carga de vidas humanas; saludaba entonces con sus alas a aquel navío.

«San Julián a la vista; aterrizaremos dentro de diez minutos.» El radiotelegrama, navegando a través del espacio, pasaba la noticia a todas las estaciones de la línea.

En los dos mil quinientos kilómetros comprendidos entre el estrecho de Magallanes y Buenos Aires se sucedían muchas escalas semejantes, pero ésta se aparecía sobre las fronteras de la noche como en la misteriosa África cuando se alcanza la última aldea.

El radiotelegrafista pasó un papel al piloto:

«Hay tantas tormentas que las descargas atmosféricas atruenan mis auriculares. ¿Hará noche en San Julián?»

Fabien sonrió; el cielo tenía la calma de un acuario, y todas las escalas señalaban el mismo tiempo: «cielo puro, viento nulo». Respondió:

«Continuaremos.»

El radiotelegrafista pensaba que las tormentas estaban estacionadas en alguna parte, como los

gusanos se instalan en una fruta. La noche sería hermosa, y, sin embargo, inquietante: le repugnaba entrar en aquella sombra próxima a descomponerse.

Al descender con el motor en ralentí sobre San Julián Fabien se sintió cansado. Todo lo que dulcificaba la vida de los hombres se crecía ante él: sus casas, sus pequeños cafés, los árboles de su paseo. Él era semejante a un conquistador en el crepúsculo de su conquista, inclinándose sobre la tierra del Imperio y descubriendo la humilde felicidad de los hombres. Fabien tenía necesidad de quitarse las armas, volver a sentir debilidad y agobio, que también enriquecen las miserias, y de ser ahora un hombre más que contempla por la ventana una visión ya siempre inmutable. Hubiera aceptado esta minúscula aldea: pudiendo decidir, luego nos contentamos con el azar de la existencia y hasta podemos amarla. Nos limita como el amor. Fabien hubiera deseado vivir aquí mucho tiempo, tomar aquí su porción de eternidad, pues las pequeñas ciudades, en las que vivía una hora, y los cerrados jardines de viejos muros que atravesaba, le daban la impresión de que durarían una eternidad tras de él. El pueblo subía hacia la tripulación y se abría ante sus ojos. Fabien pensaba en las amistades, en las muchachas llenas de ternura, en la intimidad

de los manteles blancos, en todo aquello que lentamente se va familiarizando con la eternidad. El pueblo se deslizaba ya a ras de las alas, extendiendo el misterio de sus jardines cerrados a los que sus muros no protegían ya. Fabien, una vez que aterrizó, supo que no había visto nada, sino el movimiento lento de algunos hombres entre las piedras. Este pueblo defendía, por su sola inmovilidad, el secreto de sus pasiones, negaba su dulzura: hubiera sido preciso renunciar a la acción para conquistarlo.

Cuando pasaron los diez minutos de escala Fabien tuvo que volver a salir.

Se volvió hacia San Julián: no era ya más que un puñado de luz, luego de estrellas, que se disiparon en el polvo y que, por última vez, le tentaron.

«No veo los cuadrantes. Enciendo.»

Tocó los contactos, pero las lámparas rojas del tablero de la carlinga vertieron sobre las agujas una luz todavía tan diluida en aquella luz azulosa que no conseguía colorearlas; puso los dedos delante de una ampolla y apenas se tiñeron.

«Demasiado pronto.»

Ascendía la noche, sin embargo, parecida a un humo sombrío; colmaba ya los valles; no se distinguían de las llanuras; los pueblos se iluminaban y

sus constelaciones se respondían; él también, con el dedo hacía signos, con sus luces de posición, respondiendo a las luces de los pueblos. La tierra estaba llena de llamadas luminosas, encendiendo cada casa su estrella frente a la inmensa noche, de la misma manera que un faro da vueltas hacia el mar. Todo lo que cubría una vida humana centelleaba. Fabien se admiró de que la entrada en la noche se hiciese esta vez como al entrar en una rada, de una manera lenta y bella.

Inclinó la cabeza dentro de la carlinga. El radio de las agujas comenzaba a lucir; una después de otra comprobó el piloto las cifras y quedó satisfecho. Se descubría sólidamente asentado en aquel cielo. Rozó con el dedo una palanca de acero y sintió en el metal deslizarse la vida: el metal no vibraba, pero vivía. Los quinientos caballos del motor hacían nacer en la materia una corriente muy dulce, que transformaba su hielo en carne de terciopelo. Una vez más el piloto no sentía en el vuelo ni vértigo ni embriaguez, sino el trabajo misterioso de la carne viva.

Ahora había hecho de la carlinga su mundo, y movía los codos para instalarse cómodamente en él.

Golpeó el cuadro de distribución eléctrica, tocó los contactos uno a uno, removió un poco por todas partes, se recostó mejor y buscó la posición

más cómoda para sentir plenamente el balanceo de las cinco toneladas de metal que una noche agitada soportaba; después, tanteando, colocó en su lugar la lámpara de socorro, la dejó, se aseguró de que no se movía, la quitó de nuevo para golpear cada manecilla, encontrarlas sin error, ejercitando sus dedos para un mundo de ciegos. Cuando sus dedos estuvieron bien entrenados se permitió encender una lámpara, que mostrara los precisos adornos de su tablero, y vigiló, únicamente sobre los cuadrantes, su entrada en la noche como una zambullida. Luego, como nada vacilaba, ni vibraba, ni temblaba y permanecían fijos su giróscopo, su altímetro y el régimen del motor, se estiró un poco, apoyó la nuca en el cuero del asiento, y comenzó esa profunda meditación del vuelo en la que se saborea una esperanza inexplicable.

Y ahora, en el corazón de la noche, como un vigilante nocturno, descubre lo que la noche muestra al hombre: sus llamadas, sus luces, su inquietud. Aquellas simples estrellas en la sombra: el aislamiento de una casa. Una luz se extingue: es un hogar que se cierra sobre su amor. O sobre su tedio. Es una casa que cesa de hacer su señal al resto del mundo.

No saben lo que esperan esos campesinos acodados en la mesa delante de su lámpara; no saben

que sus deseos puedan llegar tan lejos en la gran noche que los encierra. Pero Fabien lo descubre cuando llega después de mil kilómetros, y esto le hace descender el avión, que respira, tras atravesar diez tempestades como países en guerra, y entre ellas algunos claros de luna; y tras alcanzar esas luces, una después de otra, con el sentimiento de vencer. Esos hombres creen que su lámpara luce para la humilde mesa, pero a ochenta kilómetros de ella alguien siente la llamada de esta luz como si la balanceasen desesperadamente desde una isla desierta ante el mar.